



inventaba y pregunta sonriendo: “¿te gustó?, ¿eh? ¿te gustó?”.

Magdalena Sofía Cárdenas

(*) Juan de la Cabada, *¿Qué piensa usted, amigo Juan?*, Cuentos I, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1978, 123 pp.

—“*Todavía la gente no lo sabe*”, Cuentos II, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1978, 127 p.

Max Weber

La figura de Max Weber está cada vez más presente en la sociología. Se ha convertido en la estatua que ocupa el centro de la plaza. Y no es que los modernos sociólogos regresen periódicamente a revisar los trabajos de uno de los fundadores de su disciplina. No hay retornos a la obra de Weber, pues no se ha salido de ella. Las teorías de Parsons, Merton, Aron, W. Mills, Marcuse (en su aproximación a la sociología), retoman múltiples aspectos del pensamiento de Weber. Sin embargo, no se puede decir que todos ellos sean “weberianos”; la lectura que Parsons hace del teórico alemán se aleja mucho de la de Aron y ésta de la de Mills, etcétera. En parte, la proliferación de enfoques se debe al propio Weber, a lo extenso y ambiguo de muchos de sus textos. La vasta obra del autor de *Economía y sociedad* permite y exige diversos niveles de lectura. Esta es una de las razones que garantizan su vigencia. La sociología de Weber no puede ser reducida a un manual, prontuario o pequeño catecismo. No hay dogmas ni interpretación definitiva en su teoría: “las ciencias sociales son eternamente jóvenes”, el punto de vista del investigador está sujeto a perpetuos cambios históricos. Y así la obra de Weber se ha ido leyendo de distinto modo. Para decirlo con Raymond Aron, “más que Emile Durkheim, o Vilfredo Pareto, Max Weber es aún nuestro contemporáneo”.

Pero si los sociólogos europeos y norteamericanos han mantenido su interés en Weber por cerca de un siglo, no parece ocurrir lo mismo con los teóricos de habla hispana. Es por esto que *Max Weber*, de Martha Cecilia Gil, resulta de inmediato interesante. El libro no se trata de un comentario crítico. Es una sencilla y concisa exposición, destinada a quienes se acercan por primera vez a la obra de Weber, quien escribió sobre una infinidad de temas, desde música hasta historia de la Edad Media, pasando por el análisis de la vocación



científica y la crítica a la interpretación materialista de la historia. Su erudición “casi monstruosa” (Aron) lo llevó a detenerse en la historia de las culturas de China y la India para ver por qué no se habían desarrollado como la civilización occidental. La primera dificultad para exponer la obra de Weber consiste, por lo tanto, en delimitar sus aspectos esenciales. Martha Cecilia Gil resolvió el problema escogiendo como hilo conductor de su libro la obsesión fundamental de Weber, el proceso de racionalización que surge en la cultura de Occidente, visto a través de los escritos sobre metodología, sociología comprensiva, ética protestante y espíritu capitalista, y sociología de la dominación. En Weber todos los caminos conducen al cálculo racional. Para él la sociedad capitalista es una “organización económica fundada en el cálculo racional (y exige) la existencia de preceptos formales y fijos, así como un sistema administrativo que ejerza sus funciones impersonalmente, a través del recurso a estatutos. Sólo este tipo de dominación permite el desarrollo del cálculo racional y, con éste, el del capitalismo moderno. De esta forma, el proceso de racionalización no sólo invade la vida económica, sino que se extiende a la vida política” (pp. 94-95). Estudiar en qué condiciones surge el proceso de racionalización equivale a encontrar una de las causas que dieron origen al capitalismo. El libro de Martha Cecilia Gil conserva este enfoque a lo largo de sus dos partes. La primera se refiere a la obra de Weber, el ambiente cultural en que fue lograda, y las condiciones históricas que la influyeron. La última sección está constituida por tres textos del propio Weber que tratan de la influencia del protestantismo ascético en la aparición del ca-

pitalismo, la metodología de las ciencias sociales y la diferencia entre el político y el científico, y en donde el denominador común continúa siendo la racionalización.

Otorgarle unidad a la obra de Weber implicaba ciertos riesgos. El sociólogo alemán siempre fue aliado de la dispersión. Sus ideas se mueven de un libro a otro, mantienen puntos de contacto y abordan temas comunes, pero nunca se erigen como representantes de una totalidad. En este sentido Weber no intenta construir un sistema de pensamiento. Prefiere avanzar por los costados. Para él el conocimiento en las ciencias sociales es siempre fragmentario, y la forma de expresarlo no puede aspirar a una unidad definitiva. Las ciencias sociales no pretenden encontrar leyes generales, por el contrario, buscan fenómenos singulares e irrepetibles. Y la reflexión sobre las particularidades que enfoca el sociólogo tampoco puede dar una obra acabada en todas sus partes. Antes se dijo que la teoría weberiana no admite reducciones. La principal virtud de Martha Cecilia Gil ha sido señalar el desarrollo lógico del pensamiento de Weber, dentro de la variedad de su obra. En su compacta exposición la autora encuentra puntos de enlace, empalmes entre los diversos temas que conforman la teoría weberiana, pero no esquematiza ni trata de otorgar un falso sentido de orden al pensamiento de Weber.

Algo más: Martha Cecilia Gil ha evitado la imagen de Weber como el adusto intelectual que aparece en las contraportadas de sus libros. La vida del sociólogo fue una constante lucha entre la cátedra —en Berlín, Freiburg, Heidelberg, München— y la militancia política —apoyando a la naciente burguesía alemana. Inútil describirlo como el reservado profesor que se refugia en el aula. La propia actividad científica era para Weber un desafío atlético, una prueba de resistencia. El ritmo de trabajo que sostuvo como profesor y consejero político lo llevó a una crisis nerviosa que le impidió seguir trabajando por cerca de seis años. Weber respondió al llamado de su tiempo, a las tabernas, los duelos, los “tés sociológicos” y la polémica contra el marxismo. Weber criticó el determinismo económico de Marx que “extiende el concepto ‘económico’ hasta lo incognoscible, de modo que cualquier interés humano que de alguna manera esté vinculado a medios externos quede inserto en su ámbito” (p. 216), y también pronosticó que el socialismo sólo podría triunfar bajo la férrea



dominación de la burocracia, “mientras que actualmente, la burocracia gubernamental y la privada se equilibran mutuamente, bajo un régimen socialista ambas se encontrarían fusionadas en una sola jerarquía” (p. 132). La biografía y las discusiones de Weber entran fluidamente en el libro. Martha Cecilia Gil ha recuperado la imagen viva de Max Weber.

Texto de exposición, resumen abierto. *Max Weber* ofrece una atractiva lectura de un autor cada vez más moderno. Martha Cecilia Gil no hace comentarios críticos ni aborda la discusión que ha suscitado la obra del teórico alemán. Por ahora, su trabajo se orienta a divulgar las ideas más importantes del pensamiento weberiano. Esta tarea cuenta con pocos exponentes rigurosos. Martha Cecilia Gil es uno de ellos. El mejor comentario es el del propio Weber: “podemos y debemos decirles a nuestros alumnos que tal postura práctica deriva lógica y honradamente, según su propio *sentido* de tal visión del mundo (...) Si conocemos nuestra materia (...) podemos obligar al individuo a que, *por sí mismo*, se dé cuenta del sentido último de sus propias acciones” (p. 239).

Juan Villoro

Martha Cecilia Gil: *Max Weber*. Ed. Edicol (colección “Sociológica Pensadores” núm. 14) México, 1978. 250 p.p.

Nueva antología poética de Ernesto Cardenal

La aparición de esta *Nueva antología poética* de Ernesto Cardenal hace necesaria una reubicación ante el concepto y la práctica de la poesía en la actualidad. Como se sabe, la poesía de Cardenal se desarrolla fuera del campo propio de las vanguardias antiguas y modernas, que, trabajando sobre la estructura de sus lenguajes, buscan una especificidad del contenido artístico, labor que las convierte en artefactos meta-lingüísticos (poesía de la poesía) autónomos. La crítica de Cardenal al lenguaje es una crítica fundamentalmente social: si las vanguardias critican al lenguaje desde el lenguaje mismo (lo cual termina por elaborar los términos de una nueva retórica), la suya choca directamente con las instituciones al acusarlas por la falsedad que imprimen en el uso de ese lenguaje. Pero esta crítica es muy concreta: no se trata de de-

nunciar el utilitarismo en favor de otra funcionalidad poética dentro de la vida social, sino de elaborar un lenguaje (“poético” y referencial) capaz de verdad y legítimo; es decir, un instrumento que no se confunda con la realidad que denota, que no se vuelva sobre sí mismo, y, a la vez, que sea susceptible de emotividad *distinta* de la realidad que describe.

Para ello, en contraste con las magias “líricas” y las antropomorfizaciones metafóricas, emplea un lenguaje analítico cuya primera característica es la redundancia. Esto es: claridad no implica pragmatismo ni se opone a “poesía”; la información precisa es una manera más de la poesía, como cualquier otra. La poesía conduce también a la realidad, sin que sea necesaria una interpretación previa que la englobe.

Ahora bien, es necesaria entonces una elección preliminar al trabajo poético, relacionada con el objeto o la realidad que se pretende dar a conocer. Y digo dar a conocer porque en este sentido el poeta tiene sólo una función de mediador en tanto que propone una serie de datos para la valoración posterior. Así, junto a narraciones “épicas” de la realidad (cotidiana o no) coexisten discursos más abstractos que no se añaden al poema como explicaciones que anteceden a lo narrado, sino como instrumentos de juicio y como distanciamientos: la pura dramatización de la realidad es rechazada como una deformación de la misma (ya sea en su forma amarillista o analogista). Esto no implica un rechazo de la subjetividad ni de la emotividad (elementos típicos de toda relación con la realidad), pero su inclusión es crítica y corre paralela, sin confundirse, al hilo propiamente narrativo: es como si dos textos coincidieran paralelamente: la narración y el canto.

En un principio, Cardenal elige como objeto o temas de su poesía algunos que entroncan con la tradición *literaria* de una manera directa: el tema del amor a la manera de los latinos, el de la imprecación a la manera hebrea, que, sin embargo, se asumen de una manera convencional que no dejará de reflejarse en su poesía posterior (epigramas y salmos que la antología incluye en sus poemas más representativos solamente); el tema de la cotidianidad, abordado ya desde un característico punto de vista, mezcla extraña de misticismo y mass media; el tema de los indios americanos, en el cual concentrará todas sus preocupaciones y logrará su síntesis poética.

La antología se propone abordar la poesía de Cardenal desde este último punto de vista. Esto no impide el agregado de otros poemas, y la ampliación del intento original de la antología hacia una representación más general, problema inevitable éste debido a la escasa difusión de su poesía anteriormente. De esta manera, el libro es demasiado extenso y heterogéneo para ofrecer una interpretación particular o una perspectiva crítica de la poesía de Cardenal, los problemas que se plantea y plantea. De cualquier modo, es importante la aparición de la *Nueva antología* como indicio de la creciente inquietud (que no debe ser echada a un lado en favor de esteticismos pretendidos) por la función de la poesía dentro de los lenguajes de la sociedad (sin “compromisos cándidos”) y su relación con ella (inquietud que supone otro problema más propiamente interno: el de la desfeticización de los objetos artísticos, vueltos ya objetos de consumo usuales).

Raúl Casamadrid

Ernesto Cardenal: *Nueva antología poética*, Siglo XXI editores, México, 1978, 302 pp.

La felicidad de la buena prosa

Editado por la UNAM a finales del año pasado, el cuaderno que reúne los *Textos Profanos** de Efraín Huerta, llama nuestra atención sobre uno de los aspectos menos conocidos —por lo menos entre muchos de sus más jóvenes seguidores, del gran cocodrilo de la poesía mexicana: su creación —o labor— en prosa. Creación porque, aunque críticos, estos escritos se encuentran más cerca de la remembranza, el recuerdo sentimental y el anecdotario, que del ensayo propiamente dicho. Son, en su mayor parte, artículos y comentarios publicados entre 1966 y 1975 en periódicos y revistas del país. Textos dispersos, pero que guardan todos una fuerte ligazón entre sí; la poesía, naturalmente, que establece puentes y dota de un hilo conductor al pequeño volumen. Por esos puentes transitan toreros y futbolistas, cucarachas y salamandras, ejemplares fragmentos de perfección estética entresacados de viejos cuadernos de notas, y ejércitos de poetas, novelistas, dramaturgos, en fin, todos alumbrados por la luz de la poesía. ¿Y qué otra